

29º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 29 del Tiempo Ordinario nos recuerda, una vez más, que la lógica de Dios es diferente a la lógica del mundo. Nos invita a prescindir de nuestros proyectos personales de poder y de grandeza y a hacer de nuestra vida un servicio a los hermanos.

Es en el amor y en la entrega de quien sirve humildemente a los

hermanos, en donde Dios ofrece a los hombres la vida eterna y verdadera.

La primera lectura nos presenta la figura de un "Siervo de Dios", insignificante y despreciado por los hombres, pero a través del cual se revela la vida y la salvación de Dios. Nos recuerda que una vida vivida en la sencillez, en la humildad, en el sacrificio, en la entrega y en la donación de uno mismo no es, a los ojos de Dios, una vida maldita, perdida, fracasada; sino que es una vida fecunda y plenamente realizada, que traerá liberación y esperanza al mundo y a los hombres.

En el Evangelio, Jesús invita a los discípulos a no dejarse manipular por los sueños personales de ambición, grandeza, poder y dominio, sino a hacer de la vida un don de amor y de servicio. Llamados a seguir al Hijo del Hombre, los discípulos deben dar testimonio de un nuevo orden y proponer, con su ejemplo, un mundo libre del poder que esclaviza: *"el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos"*.

En la segunda lectura, el autor de la Carta a los Hebreos nos habla de un Dios que ama al hombre con un amor sin límites y que, por eso, está dispuesto a asumir la fragilidad de los hombres, a descender a su nivel, a compartir su condición. Él no se esconde detrás de su poder y de su omnipotencia, sino que va al encuentro de los hombres para ofrecerles su amor.

PRIMERA LECTURA

Cuando entregue su vida como expiación,
verá su descendencia,
prolongará sus años

Lectura del libro de Isaías

53, 10 - 11

El Señor

quiso tritararlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación:

verá su descendencia,

prolongará sus años,

lo que el Señor quiere

prosperará por su mano.

Por los trabajos de su alma

verá la luz,

el justo se saciará de conocimiento.

Mi siervo justificará a muchos,

porque cargó con los crímenes de ellos.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Nuestro texto pertenece al "Libro de la Consolación" del Deutero-Isaías (cf. Is 40-55). "Deutero-Isaías" es un nombre convencional con el que los biblistas designan a un profeta anónimo de la escuela de Isaías, que cumplió su misión profética en Babilonia, entre los exiliados judíos. Estamos en la fase final del Exilio, entre el 550 y el 539 antes de Cristo.

La misión del Deutero-Isaías es consolar a los exiliados judíos. En ese sentido, comienza anunciando la inminencia de la liberación y comparando la salida de Babilonia con el antiguo éxodo, cuando Dios liberó a su Pueblo de la esclavitud de Egipto (cf. Is 40-48); después, anuncia la reconstrucción de Jerusalén, esa ciudad que la guerra redujo a cenizas, pero a la cual Dios va a hacer regresar la alegría y una paz sin fin (cf. Is 49-55).

En medio de esta propuesta "consoladora" aparecen, sin embargo, cuatro textos (cf. Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; 52,13-53,12) que se separan un tanto de esta temática. Son cánticos que hablan de un personaje misterioso y enigmático, que los biblistas designan como el "Siervo de Yahvé": es un predilecto de Yahvé, a quien Dios llamó, a quien confió una misión profética y a quien envió a los hombres de todo el mundo; su misión se cumple en el sufrimiento y en una entrega incondicional a la Palabra; el sufrimiento del profeta tiene, con todo, un valor expiatorio y redentor, pues de él viene el perdón para el pecado del Pueblo; Dios aprecia el sacrificio de este "Siervo" y le recompensa haciéndole triunfar delante de sus detractores y adversarios.

¿Quién es este profeta? ¿Es Jeremías, el paradigma del profeta que sufre a causa de la Palabra? ¿Es el mismo Deutero-Isaías, llamado a dar testimonio de la Palabra en el ambiente hostil del Exilio? ¿Es un profeta desconocido? ¿Es una figura colectiva, que representa al Pueblo exiliado, humillado, aplastado, pero que continúa dando testimonio de Dios, en medio de las otras naciones? ¿Es una figura representativa, que une el recuerdo de personajes históricos (patriarcas, Moisés, David, profetas) con figuras míticas, de forma que representa al Pueblo de Dios en su totalidad? No lo sabemos; sin embargo, la figura presentada en esos poemas va a recibir otra iluminación a la luz de Jesucristo, de su vida, de su destino.

El texto que se nos propone, forma parte del cuarto cántico del "siervo de Yahvé". En él, sin embargo, el "Siervo" no habla; quien proclama este "cántico" parece ser un coro, que percibió en el aparente sinsentido de la vida del "Siervo", un profundo significado a la luz de la lógica de Dios.

1.2. Mensaje

La primera parte de nuestro texto (vv. 2-3) nos presenta al "Siervo de Yahvé". No se dice quien es, quiénes son sus padres, cuál es su tierra. Es una figura anónima, sin historia, oscura, ignorada, insignificante a la luz de los criterios humanos.

Recorriendo la imagen vegetal, el profeta lo compara a una raíz crecida en el desierto, marcada por la aridez del ambiente circundante, sin belleza y sin características que atraigan la miradas o la atención de los hombres (v. 2). Pero: es una figura despreciada y abandonada por los hombres, que ven en su sufrimiento un castigo de Dios y que ocultan el rostro ante él para no contaminarse (v. 3).

En una época en la que el sufrimiento es siempre visto como castigo por el pecado, el notorio sufrimiento de ese "Siervo" debía aparecer, a los ojos de sus conciudadanos, como un castigo de Dios por faltas particularmente graves.

A la luz de los criterios de evaluación utilizados por los hombres, el "Siervo" es un fracasado, un vencido, un ser trágico, abandonado de Dios y despreciado por los hombres. Seguramente, nunca será contado entre los grandes, entre los vencedores, entre aquellos que tienen un papel preponderante en la construcción del mundo y de la historia.

A la luz de la lógica de Dios, sin embargo, la existencia del "Siervo" no es una existencia insignificante, perdida, sin sentido. El sufrimiento que le alcanzó a lo largo de toda la existencia, no es un castigo de Dios por causa de sus pecados personales, sino un sacrificio de reparación que justificará los pecados de muchos.

La palabra "reparación" aquí utilizada por el Deutero-Isaías, es un término cúltilo por excelencia. Se refiere a un ritual sacrificial a través del cual el creyente vetero-testamentario ofrecía un animal en sacrificio y, por esa oferta, alcanzaba de Dios el perdón de sus pecados.

Al decir que el sufrimiento del "Siervo" es un sacrificio de reparación, el profeta está diciendo que ese sufrimiento no es ningún castigo, ni una inutilidad; sino que es un sufrimiento que servirá para eliminar el pecado y para generar vida nueva para toda la comunidad del Pueblo de Dios (los muchos de los que habla el texto). Al bendecir a su "Siervo", al darle una "posteridad duradera", una "vida larga" (v. 10) y una posibilidad de "ver la luz" (v. 11), Dios garantiza la verdad y la autenticidad de la vida del "Siervo".

Dicho con otras palabras: el autor de este texto está convencido que una vida vivida en sencillez, en humildad, en sacrificio, en entrega y en don de uno mismo no es, a los ojos de Dios, una vida maldita, perdida, fracasada; sino que es una vida fecunda y plenamente realizada, que traerá liberación, verdad, esperanza y amor al mundo y a los hombres.

Los primeros cristianos, impresionados por la belleza y por la profundidad de este texto, lo utilizaron frecuentemente para comprender la figura de Jesús, que

"murió por la salvación del pueblo". En Jesús, esta enigmática figura del "Siervo de Yahvé" alcanzó su pleno significado.

1.3. Actualización

- ✚ Nuestro texto muestra, una vez más, cómo los valores de Dios y los valores de los hombres son diferentes.

En la lógica de los hombres, los vencedores son aquellos que toman el mundo al asalto con su poder, con su dinero, con su ansia de triunfo y de dominio, con su capacidad de imponer sus ideas o su visión del mundo; son aquellos que impresionan por la forma como viven, por su belleza, por su inteligencia, por sus brillantes cualidades humanas.

En la lógica de Dios, los vencedores son aquellos que, aun viviendo en el olvido, en la humildad, en la sencillez, saben hacer de la propia vida un don de amor a los hermanos; son aquellos que, con sus actitudes de servicio y de entrega, aportan al mundo un mayor valor de vida, de liberación y de esperanza.

¿Cuál de estos dos modelos tiene más sentido para mí? Cuando, en el día a día, tengo que establecer mis prioridades y realizar mis elecciones, ¿me dejo conducir por la lógica de Dios o por la lógica de los hombres?

¿Quiénes son las personas que admiro, que tengo como modelos, que me impresionan?

- ✚ ¿Dónde está Dios? ¿Dónde podemos encontrar su rostro, sus propuestas, sus llamadas y desafíos?

Presentándonos la figura del "Siervo" insignificante y despreciado por los hombres, pero a través del cual se revela la vida y la salvación de Dios, nuestro texto nos recuerda que Dios, siguiendo su lógica viene, tantas veces, a nuestro encuentro en la pobreza, en la pequeñez, en la sencillez, en la fragilidad, en la debilidad.

Conscientes de esta realidad, podremos percibir la presencia de Dios a nuestro lado en los pequeños gestos que todos los días testimoniamos y que nos dan esperanza, en las cosas sencillas y banales que nos llenan el corazón de paz, en las personas humildes que el mundo desprecia y margina, pero que son capaces de gestos impresionantes de servicio, de compartir, de donación, de entrega.

No nos dejemos engañar: Dios no está en aquello que brilla, seductor, majestuoso, espectacular; Dios está en la sencillez del amor que se hace don, servicio entrega humilde a los hermanos.

- ✚ ¿Cuál es el sentido del sufrimiento? ¿Por qué tantas personas buenas, honestas, justas, generosas pasan por la vida hundidas en el dolor y en el sufrimiento? Se trata de una pregunta que hacemos frecuentemente y que el autor del cuarto cántico del "Siervo" también se hace a sí mismo.

La respuesta que él encuentra es la siguiente: el sufrimiento del justo no se pierde; a través de él, los pecados de la comunidad son expiados y Dios dará vida y salvación a su Pueblo.

Se trata, sin duda, de una respuesta incompleta, parcial, no totalmente satisfactoria; pero se encuentra ya en esta respuesta la convicción de que, en los misteriosos caminos de Dios, el sufrimiento puede ser una dinámica generadora de vida nueva. Jesucristo demostrará, con su pasión, muerte y resurrección, la verdad de esta afirmación.

Salmo responsorial

Salmo 32, 4-5.18-20 y 22

Vl. Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Rl. Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Vl. Que la palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.

Rl. Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Vl. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.

Rl. Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Vl. Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Rl. Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

SEGUNDA LECTURA

Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16

Hermanos:

Mantengamos la confesión de la fe,
ya que tenemos un sumo sacerdote grande,
que ha atravesado el cielo,
Jesús, Hijo de Dios.

No tenemos un sumo sacerdote
incapaz de compadecerse de nuestras debilidades,
sino que ha sido probado en todo
exactamente como nosotros,
menos en el pecado.

Por eso,
acerquémonos con seguridad al trono de la gracia,
para alcanzar misericordia
y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Ya vimos, en los Domingos precedentes, que la Carta a los Hebreos está destinada a comunidades cristianas en situación difícil, expuestas a tribulaciones varias y que, por eso mismo, son frágiles, están cansadas y desalentadas. Los creyentes que componen esas comunidades necesitan urgentemente recuperar su entusiasmo inicial, revitalizar su compromiso con Cristo y apostar por una fe más coherente y más comprometida.

En ese sentido, el autor de la "carta" les presenta el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, cuya misión es poner a los creyentes en relación con el Padre e insertarlos en ese Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana.

Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes deben hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y de amor. De esta forma, el autor ofrece a los cristianos, una profundización y una ampliación de la fe primitiva, capaz de revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la hostilidad del ambiente, por la acomodación, por la monotonía y por el enfriamiento del entusiasmo inicial.

El texto que se nos propone, está incluido en la segunda parte de la Carta a los Hebreos (cf. Heb 3,1-5,10). Ahí, el autor presenta a Jesús como el sacerdote fiel y misterioso que el Padre envió al mundo para cambiar los corazones de los hombres y para aproximarlos a Dios. A los creyentes se les pide que "crean" en Jesús, esto es, que escuchen atentamente las propuestas que Cristo vino a realizar, que las acojan en el corazón y que las transformen en gestos concretos de vida.

2.2. Mensaje

Jesús es, para todos los creyentes, el gran sumo sacerdote, que "ha atravesado el cielo" para alcanzar misericordia para todos los creyentes (v. 14).

La expresión "ha atravesado el cielo" se refiere, naturalmente, a la realidad de la encarnación: Jesús, el Hijo de Dios, vino al encuentro de los hombres como sumo sacerdote, a fin de eliminar el pecado que impedía la comunión entre los hombres y Dios y llevar a los hombres al encuentro de Dios.

Aquí se evoca el esfuerzo de Dios, a través de su Hijo, en el sentido de rehacer la comunidad de vida con los hombres y de conducirlos al encuentro de la vida eterna y verdadera.

Ante esta acción increíble de Dios, fruto de su amor por el hombre, los creyentes deben responder con la fe, esto es, con la aceptación incondicional de la propuesta de Jesús ("mantengamos la confesión de la fe").

Adherirse a la propuesta de Jesús, es volver a entrar en comunión con Dios, entrar a formar parte de la familia de Dios, recibir de Dios vida en abundancia.

A pesar de ser Hijo de Dios, Jesús, el sumo sacerdote no es, sin embargo, un ser celestial extraño, incapaz de comprender a los creyentes en su dramática lucha de todos los días, en su fragilidad hacia la persecución, en su dificultad para vencer la lucha contra el egoísmo, la acomodación, la pereza, la monotonía. Él mismo fue sometido a la misma prueba, conoció la mordedura de estas mismas tentaciones, experimentó las mismas dificultades. Sin embargo, él supo siempre mantenerse fiel a Dios y a sus planes, mostrándonos que también nosotros podemos vivir en fidelidad a Dios y a sus propuestas (v. 15).

Nosotros, los seguidores de Jesús, no estamos en una situación desesperada, a pesar de nuestras faltas e incoherencias. Podemos y debemos aceptar la propuesta de Jesús y dirigirnos a Dios, con la certeza de que seremos acogidos por él como hijos muy amados.

Gracias a Jesús, el sumo sacerdote que vino a nuestro encuentro, que experimentó y asumió nuestra fragilidad, que restableció la comunión entre nosotros y Dios, que nos lleva al encuentro de Dios y que nos garantiza su misericordia, estamos ahora en una nueva situación de gracia y de libertad. Podemos, con tranquilidad y confianza, sin ningún miedo, aproximarnos a ese "trono de gracia" de donde brota la vida eterna y verdadera. Esta certeza debe ayudarnos y darnos esperanza en los momentos más dramáticos de nuestro caminar por la historia (v. 16)

2.3. Actualización

✚ En total consonancia con las otras lecturas de este Domingo, el autor de la Carta a los Hebreos nos habla de un Dios que ama al hombre con un amor sin límites y que, por eso, está dispuesto a asumir la fragilidad de los hombres, a descender a su nivel, a compartir su condición.

Él no se esconde detrás de su poder, de su autoridad, de su importancia, de su omnipotencia; él no tiene miedo de perder su dignidad o sus prerrogativas divinas cuando asume la pobreza, la fragilidad, la debilidad de los hombres.

En la lógica de Dios, el más importante no es aquel que protege su autoridad y su importancia a través de barreras insuperables, sino es aquel que es capaz de bajar al encuentro de los últimos, de los desheredados, de los marginados, de los que sufren, para ofrecerles su amor.

Esta es la lógica de Dios, lógica que estamos llamados a comprender, a asumir y a testimoniar.

✚ Los seguidores de Cristo están, naturalmente, invitados a asumir su ejemplo. Así como Cristo, por amor, se vistió con nuestra fragilidad y vino a nuestro encuentro, también nosotros debemos, despojándonos de nuestro egoísmo, de nuestra comodidad, de nuestra pereza, de nuestra indiferencia, ir al encuentro de nuestros hermanos, vestirnos con sus dolores y fragilidades, hacernos solidarios con ellos, compartir sus dramas, lágrimas, sufrimientos, alegrías y esperanzas.

No podemos, desde lo alto de nuestra situación cómoda, limpia, ordenada, decidir que no tenemos nada que ver con el sufrimiento del mundo o con la carencia que aflige la vida de uno de nuestros hermanos.

Siempre somos responsables de los hermanos que comparten con nosotros los caminos de este mundo, cuando los conocemos personalmente o aunque estemos separados de ellos por fronteras geográficas, históricas, éticas u otras.

✚ Al asegurarnos que nada tenemos que temer pues Dios nos ama, quiere integrarnos en su familia y ofrecernos vida en abundancia, nuestro texto nos invita a encarar la vida y sus caminos con serenidad y confianza.

Los cristianos son personas serenas y con el corazón en paz. Son conscientes de que sus fragilidades y debilidades, no les apartan, nunca, de Dios y de su amor.

Aleluya

Mc 10, 45

El Hijo del hombre ha venido para servir
y dar su vida en rescate por todos.

EVANGELIO

El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos 10, 35-45

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron:

— «Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.»

Les preguntó:

— «¿Qué queréis que haga por vosotros?»

Contestaron:

— «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Jesús replicó:

— «No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?»

Contestaron:

— «Lo somos.»

Jesús les dijo:

- «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis,
y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado.»

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan.

Jesús, reuniéndolos, les dijo:

— «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen.

Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor;

y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos.

Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Continuamos recorriendo, con Jesús y con los discípulos, el camino hacia Jerusalén. Marcos observa que, en esta fase, Jesús va al frente y los discípulos lo siguen "llenos de temor" (cf. Mc 10,32).

¿Habrá aquí alguna mala voluntad de los discípulos, a causa de las últimas polémicas y de las exigencias radicales de Jesús? ¿Este "temor" es fruto del hecho de que Jesús se acerca a su destino final, en Jerusalén, destino que el grupo no aprueba? Sea como fuere, Jesús continúa su catequesis y, más de una vez (es la tercer, en el corto espacio de pocos días), recuerda a los discípulos que, en Jerusalén va a ser entregado en manos de los líderes judíos y va a cumplir su destino de cruz (cf. Mc 10,33-34). Por esta vez, no hay ninguna reacción de los discípulos.

Ya observamos, el pasado Domingo, que el camino recorrido por Jesús y por los discípulos es, además de un camino geográfico, también un camino espiritual.

Durante ese camino, Jesús va completando su catequesis a los discípulos sobre las exigencias del Reino y las condiciones para formar parte de la comunidad mesiánica. La respuesta de los discípulos a las propuestas que Jesús les va haciendo, nunca es demasiado entusiasta.

El texto que se nos propone esta vez demuestra que los discípulos continúan sin percibir, o sin querer percibir, la lógica del Reino. Ellos todavía continúan pensando en términos de poder, de autoridad, de grandeza y ven en la propuesta del Reino solamente una oportunidad de realizar sus sueños humanos.

3.2. Mensaje

En la primera parte de nuestro texto (vv. 35-40), se presenta la pretensión de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, en el sentido de sentarse, en el Reino que va a ser instaurado, "uno a la derecha y otro a la izquierda" de Jesús. La cuestión ni siquiera es presentada como una petición respetuosa; sino que parece más una reivindicación de quien se siente con el derecho incuestionable a un privilegio.

Ciertamente Santiago y Juan imaginan que el Reino que Jesús vino a proponer está de acuerdo con Dn 7,13-14 y quieren asegurarse en ese Reino poderoso y glorioso, desde luego, lugares de privilegio al lado de Jesús.

El hecho muestra cómo Santiago y Juan, después de toda la catequesis que han recibido durante el camino hacia Jerusalén, aún no han entendido nada de la lógica del Reino y que continúan sintiendo y pensando de acuerdo con la lógica del mundo. Para ellos, lo importante es la realización de sus sueños personales de autoridad, de poder y de grandeza.

Una vez más Jesús se ve obligado a aclarar las cosas. En primer lugar, Jesús avisa a los discípulos de que, para sentarse a la mesa del Reino, deben estar

dispuestos a "beber el cáliz" que él va a beber y a "recibir el bautismo" que él va a recibir.

El "cáliz" indica, en el contexto bíblico, el destino de una persona; entonces, "beber el mismo cáliz" de Jesús, significa compartir ese destino de entrega y de donación de la vida que Jesús va a cumplir.

El "recibir el mismo bautismo" evoca la participación e inmersión en la pasión y muerte de Jesús (cf. Rom 6,3-4; Col 2,12). Para formar parte de la comunidad del Reino es preciso, por tanto, que los discípulos estén dispuestos a recorrer, con Jesús, el camino de sufrimiento, de entrega, de donación de la vida hasta la muerte. A pesar de que Santiago y Juan manifestarán, con toda sinceridad, su disponibilidad para recorrer el camino de entrega de la vida, Jesús no les asegura una respuesta positiva a su pretensión. Jesús evita asociar el cumplimiento de la misión y la recompensa, pues el discípulo no puede seguir determinado camino o embarcarse en determinado proyecto por cálculo o por interés; de acuerdo con la lógica del Reino, el discípulo está llamado a seguir a Jesús con total gratuidad, sin esperar nada a cambio, acogiendo siempre como gracias no merecidas los dones de Dios.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 41-45), tenemos la reacción de los discípulos a la pretensión de los dos hermanos y una catequesis de Jesús sobre el servicio.

La reacción indignada de los otros discípulos a la petición de Santiago y Juan, indica que todos ellos tenían las mismas pretensiones. La petición de Santiago y de Juan a Jesús les parece, por tanto, como una "jugada de anticipación" que amenaza las secretas ambiciones que todos ellos guardaban en el corazón.

Jesús aprovecha la circunstancia para reiterar su enseñanza y para reafirmar la lógica del Reino.

Comienza recordándoles el modelo de los "gobernantes de las naciones" y de los grandes del mundo (v. 42): ellos afirman su autoridad absoluta, dominan a los pueblos por la fuerza y los someten, exigen honores, privilegios y títulos, promoverse a costa de la comunidad, ejercer el poder de forma arbitraria. Ahora, este esquema no puede servir de modelo para la comunidad del Reino. La comunidad del Reino se asienta sobre la ley del amor y del servicio. Sus miembros deben sentirse "siervos" de los hermanos, empeñados en servir con humildad y sencillez, sin ninguna pretensión de mandar o de dominar.

Lo mismo aquellos que están destinados para presidir la comunidad, deben ejercer su autoridad en un verdadero espíritu de servicio, sintiéndose siervos de todos. Excluyendo de su universo cualquier ambición de poder y de dominio, los miembros de la comunidad del Reino darán testimonio de un mundo nuevo, regido por nuevos valores; y enseñarán a los hombres, que con ellos se crucen por los caminos de la vida, a ser verdaderamente libres y felices.

Como modelo de esta nueva actitud, Jesús se propone a sí mismo: él se presenta como el "el Hijo del hombre que no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar

su vida en rescate por todos" (v. 45). De hecho, toda la vida de Jesús puede ser entendida en clave de amor y de servicio. Desde el primer instante de la encarnación, hasta el último momento de su caminar por esta tierra, él se pone al servicio del proyecto del Padre y hace de su vida un don de amor a los hombres. Él nunca se dejó seducir por los proyectos personales de ambición, de poder, de dominio, sino que quiso entregar toda su vida al servicio de los hombres, a fin de que los hombres pudiesen encontrar la vida plena y verdadera.

El fruto de la entrega de Jesús, es el "rescate" ("lytron") de la humanidad. La palabra aquí utilizada indica el "precio" pago para rescatar a un esclavo o a un prisionero. Atendiendo al contexto, debemos pensar que el rescate hace relación a la situación de esclavitud y de opresión a la que la humanidad está sometida. Al dar su vida (hasta la última gota de sangre) para proponer un mundo libre de ambición, de egoísmo, de poder que esclaviza, Jesús pagó el "precio" de nuestra liberación.

Con él y por él nace, por tanto, una comunidad de "siervos", que son testigos en el mundo de un orden nuevo, el orden del Reino.

3.3. Actualización

✚ En el centro de este episodio está Jesús y el modelo que él propone, con el ejemplo de su vida. La frase *"el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos"* (Mc 10,45) resume admirablemente la existencia humana de Jesús. Desde el primer instante, él rechazó las tentaciones de ambición, de poder, de grandeza, de aplausos de las multitudes; desde el primer instante, él hizo de su vida un servicio a los pobres, a los desfavorecidos, a los pecadores, a los marginados, a los últimos. El punto culminante de esa vida de donación y de servicio, fue la muerte en cruz, expresión máxima y total de su amor a los hombres.

Es preciso que tengamos conciencia de que este valor del servicio no es un elemento accidental o accesorio, sino que es un elemento esencial en la vida y en la propuesta de Jesús. Él vino al mundo para servir y puso el servicio sencillo y humilde en el centro de su vida y de su proyecto. Se trata de algo que no puede ser ignorado y que tiene que estar en el centro de la existencia cristiana. Nosotros, seguidores de Jesús, debemos ser plenamente conscientes de esta realidad.

✚ El episodio que hoy se nos propone como Evangelio muestra, con todo, la dificultad que los discípulos tienen para entender y acoger la propuesta de Jesús.

Para Santiago, para Juan y para los otros discípulos, lo que parece contar es la satisfacción de los propios sueños personales de grandeza, de ambición, de poder, de dominio. No les interesa hacer de la vida un servicio sencillo y humilde a Dios y a los hermanos; les preocupa ocupar los primeros lugares, los lugares de honor.

Jesús, de forma sencilla y directa, les avisa que la comunidad del Reino no puede funcionar según los modelos del mundo.

Aquí no hay término medio: quien no sea capaz de renunciar a los esquemas de egoísmo, de ambición, de dominio, para hacer de su vida un servicio y un don de amor, no puede ser discípulo de ese Jesús que vino para servir y para dar la vida.

- ✚ Al presentar las cosas de esta forma, nuestro texto nos invita a repensar nuestra forma de situarnos, en la familia, en el centro de estudios, en el trabajo, en la sociedad.

La instrucción de Jesús a los discípulos que el Evangelio de este Domingo nos presenta, es una denuncia de los juegos de poder, de los intentos de dominio sobre aquellos que viven y caminan a nuestro lado, de los sueños de grandeza, de las maniobras patéticas para conquistar honras y privilegios, del ansia de protagonismo, de la búsqueda desenfrenada de títulos, de la caza de posiciones de prestigio.

El cristiano tiene, absolutamente, que dar testimonio de un nuevo orden en su espacio familiar, poniéndose en una actitud de servicio y no en una actitud de imposición y de exigencia;

el cristiano tiene que dar testimonio de un nuevo orden en su espacio laboral, evitando cualquier actitud de injusticia o de prepotencia sobre aquellos que dirige y coordina;

el cristiano tiene siempre que encarar la autoridad que le ha sido confiada como un servicio, cumplido en la búsqueda atenta y coherente del bien común.

- ✚ En la comunidad cristiana encontramos también, con mucha frecuencia, la tentación de organizarnos de acuerdo con principios de poder, de autoridad, de predominio, a la manera del mundo.

Sabemos, por la historia, que siempre que la Iglesia intentó esos caminos, se apartó de su misión, dio un testimonio poco creíble y se hizo escándalo para los más débiles.

Por otro lado somos testigos todos los días en nuestras comunidades cristianas que los comportamientos prepotentes crean divisiones, rencores, envidias, alejamientos.

Que no haya dudas: la autoridad que no es amor y servicio, es incompatible con la dinámica del Reino.

Nosotros, los seguidores de Jesús no podemos, de forma alguna, pactar con la lógica del mundo; y una Iglesia que se organiza y estructura teniendo en cuenta los esquemas del mundo, no es la Iglesia de Jesús.

- ✚ En nuestra sociedad, los primeros son los que tienen dinero, los que tienen poder, los que frecuentan las fiestas retratadas en las revistas del corazón, los que visten según las exigencias de la moda, los que tienen éxito profesional, los que saben situarse en los valores políticamente correctos.

¿Y en la comunidad cristiana? ¿Quiénes son los primeros? Las palabras de Jesús no dejan lugar a dudas: "el que quiera ser primero, sea esclavo de todos".

En la comunidad cristiana, la única grandeza es la grandeza de quien, con humildad y sencillez, hace de su propia vida un servicio a los hermanos.

En la comunidad cristiana no hay señores, ni grupos privilegiados, ni personas más importantes que otras, ni distinciones basadas en el dinero, en la belleza, en la cultura, en la posición social.

En la comunidad cristiana hay hermanos iguales, a quienes la comunidad confía servicios diversos en vista del bien de todos. Aquello que nos debe mover es la voluntad de servir, de compartir con los hermanos los dones que Dios nos ha concedido.

🌈 La actitud de servicio que Jesús pide a sus discípulos debe manifestarse, de forma especial, en la acogida de los pobres, de los débiles, de los humildes, de los marginados, de los sin derechos, de aquellos que no aportan reconocimiento público, de aquellos que no pueden retribuirnos.

¿Seremos capaces de acoger y de amar a los que llevan una vida poco ejemplar, a los marginados, a los extranjeros, a los enfermos incurables, a los sidosos, a los deficientes, a los que nadie quiere ni ama?